

A continuación siguió, durante una media hora aproximadamente, una animada conversación que era un pastiche de francés, italiano e inglés, pero mi respuesta general pareció tranquilizar a los sacerdotes: «La evolución no ha encontrado ningún problema intelectual; no ha aparecido ningún argumento nuevo. El creacionismo es un fenómeno doméstico de la historia sociocultural americana, un movimiento disidente, una astilla (por desgracia más bien una viga en la actualidad), de fundamentalistas protestantes que creen que todas y cada una de las palabras de la Biblia han de ser literalmente ciertas, sea lo que sea que tal afirmación pueda significar». Todos nos marchamos satisfechos, pero me quedé ciertamente pensativo ante la anomalía de mi papel como judío agnóstico, intentando dar seguridades a un grupo de sacerdotes de que la evolución seguía siendo cierta y era completamente consistente con la creencia religiosa.

Otro relato del mismo cariz: a veces se me pregunta si me he encontrado con el creacionismo como tema vivo entre mis estudiantes universitarios de Harvard. Contesto que una sola vez, en treinta años de docencia, experimenté tal incidente. Un estudiante de primer año, muy sincero y serio, vino a mi despacho con una pregunta que era evidente que le había estado preocupando mucho. Me dijo: «Soy un cristiano devoto y nunca he tenido razón alguna para dudar de la evolución, una idea que parece a la vez apasionante y bien documentada. Pero mi compañero de dormitorio, un evangélico proselitista, ha estado insistiendo con enorme vigor en que no puedo ser a la vez un verdadero cristiano y un evolucionista. Así pues, dígame: ¿puede una persona a la vez creer en Dios y en la evolución?». De nuevo, tragué enérgicamente, cumplí con mi deber intelectual y lo tranquilicé, diciéndole que la evolución era a la vez cierta y enteramente compatible con las creencias cristianas; que es una posición que sostengo sinceramente, pero que sigue siendo una situación rara para un judío agnóstico.

Estos dos relatos ilustran un punto cardinal, que raramente se reconoce pero que es absolutamente básico para cualquier comprensión de la condición y el impacto de la doctrina fun-

damentalista y políticamente potente conocida por su oxímoron¹ autoproclamado de «creacionismo científico»: la afirmación de que la Biblia es literalmente cierta, que todos los organismos fueron creados durante seis días de veinticuatro horas, que la Tierra tiene sólo unos cuantos miles de años de antigüedad, y que por lo tanto la evolución tiene que ser falsa. El creacionismo no opone la ciencia frente a la religión (tal como indican mis relatos iniciales), porque no existe tal conflicto. El creacionismo no plantea ningún tema intelectual pendiente sobre la naturaleza de la biología o la historia de la vida. El creacionismo es un movimiento local e intolerante, poderoso únicamente en Estados Unidos entre las naciones occidentales, y prevalente sólo entre los pocos sectores del protestantismo americano que decidieron leer la Biblia como un documento infalible, literalmente cierto en todos sus puntos.

No dudo que se pueda encontrar una monja ocasional que preferiría enseñar creacionismo en la clase de biología de su escuela parroquial, o un rabino ocasional que hace lo mismo en su *yeshiva*,² pero el creacionismo basado en el literalismo bíblico tiene poco sentido para los católicos y para los judíos, pues ninguna de estas dos religiones mantiene una tradición duradera de leer la Biblia como verdad literal, sino como literatura clarificadora basada en parte en metáforas y alegorías (componentes esenciales de toda buena escritura), y que piden interpretación para su adecuada comprensión. La mayoría de grupos protestantes, desde luego, adopta la misma posición, a pesar del grupo marginal fundamentalista.

El argumento que acabo de destacar mediante relatos personales y afirmaciones generales representa la actitud generalizada de todas las principales religiones occidentales (y de la ciencia occidental) en la actualidad. (No puedo, por ignorancia, hablar de las religiones orientales, aunque sospecho que en la mayoría de casos habría de prevalecer la misma posi-

1. Figura retórica que produce un efecto al utilizar palabras mutuamente contradictorias, como «querido enemigo». (*N. del t.*)
2. Escuela ortodoxa judía en la que se imparte enseñanza básica. (*N. del t.*)

ción.) La *falta de conflicto* entre la ciencia y la religión surge de una *falta de superposición* entre sus respectivos dominios de experiencia profesional: la ciencia en la constitución empírica del universo, y la religión en la búsqueda de valores éticos adecuados y del significado espiritual de nuestra vida.³ El logro de la sabiduría en una vida completa requiere prestar una atención amplia a ambos dominios, pues un gran libro nos dice a la vez que la verdad puede hacernos libres, y que viviremos en óptima armonía con nuestros congéneres cuando aprendamos a actuar justamente, amemos la compasión y andemos humildemente.

En el contexto de esta posición «oficial», me sorprendió muchísimo una declaración que el papa Juan Pablo II impartió el 22 de octubre de 1996 a la Academia Pontificia de Ciencias, la misma organización que había patrocinado mi anterior viaje al Vaticano. En este documento, titulado «La verdad no puede contradecir a la verdad», el Papa defendía a la vez las pruebas de la evolución y la consistencia de la teoría con la doctrina religiosa católica. Los periódicos de todo el mundo respondieron con titulares de primera página, como en *The New York Times* del 25 de octubre: «El Papa refuerza el apoyo de la Iglesia al punto de vista científico de la evolución».

Ahora sé que existen «días sin noticias», y concedo que en aquel momento particular no había ninguna otra cosa que compitiera con fuerza por los titulares. Aun así, no puedo más que sentirme inmensamente perplejo por toda la atención que se prestó a la declaración del Papa (al tiempo que me sentía irónicamente complacido, desde luego, porque necesitamos toda la buena prensa que podamos obtener, especialmente la procedente de fuentes externas respetables). La Iglesia Católica no se opone a la evolución, y no tiene razón para hacerlo. ¿Por qué había emitido el Papa tal declaración? ¿Y por qué había respondido la prensa con tal orgía de atención en primera página y en todo el mundo?

3. El lector interesado encontrará una interesante disquisición sobre el tema en *Consiliencia. La unidad de conocimiento*, de E. O. Wilson (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999). (N. del t.)

Al principio sólo pude llegar a la conclusión, equivocada, como pronto descubrí, de que los periodistas de todo el mundo no comprenden en absoluto la relación entre ciencia y religión, y por lo tanto elevaban un comentario papal menor a noticia injustificada. Quizá la mayoría de la gente piensa realmente que existe una guerra entre la ciencia y la religión, y que la evolución no puede conciliarse con la creencia en Dios. En tal contexto, una admisión papal de la condición legítima de la evolución podría considerarse ciertamente como una noticia importante, una especie de equivalente moderno de una historia que nunca ocurrió, pero que habría causado el mayor revuelo periodístico de 1640: el papa Urbano VIII libera a su prisionero más famoso del arresto domiciliario y le pide humildemente disculpas: «Lo siento, *signor Galileo* ... el Sol, ejem, es central».

Pero después descubrí que una atención periodística tan prominente de la satisfacción papal con la evolución no había sido un error de periodistas anglófonos no católicos. El propio Vaticano había suministrado la declaración como un comunicado de prensa importante. Y los diarios italianos presentaban titulares de mayor tamaño y textos más largos. El conservador *Il Giornale*, por ejemplo, voceaba desde su cabecera: «El Papa dice que podemos descender de monos».

Era evidente que yo había salido a almorzar cuando tuvo lugar el hecho; algo nuevo o sorprendente debía ocultarse dentro de la declaración papal, pero ¿qué era lo que podía causar todo el alboroto?; en especial dada la exactitud de mi primera impresión (como verifiqué más tarde) de que la Iglesia Católica valora el estudio científico, considera que la ciencia no es una amenaza para la religión en general o para la doctrina católica en particular, y hace tiempo que ha aceptado tanto la legitimidad de la evolución como campo de estudio como la armonía potencial de las conclusiones evolutivas con la fe católica.

Como antiguo votante de Tip O'Neill⁴ sé ciertamente que «toda política es local», y que el Vaticano tiene sin duda sus

4. Político americano contemporáneo. (N. del t.)

propias razones internas, bastante opacas para mí, para anunciar que el apoyo papal a la evolución es una declaración importante. Aun así, razoné que debía estar pasando por alto alguna clave importante, y me sentí muy frustrado. Después recordé la primera regla de la vida intelectual: Cuando uno está sorprendido, no hace ningún daño leer los documentos originales; un principio bastante sencillo y autoevidente que, sin embargo, ha desaparecido completamente de grandes sectores de la experiencia americana.

Sé que el papa Pío XII (que no es una de mis figuras favoritas en la historia del siglo XX, para decirlo suavemente) había efectuado la declaración primaria en una encíclica de 1950 denominada *Humani generis*.⁵ Conocía la principal fuerza de su mensaje: los católicos podían creer lo que la ciencia determinó sobre la evolución del cuerpo humano, mientras aceptarían que, en algún momento de su elección, Dios había infundido el alma en dicha criatura. También sabía que yo no tenía ningún problema con este argumento, porque, fueran cuales fueran mis creencias privadas sobre el alma, la ciencia no puede tocar este tema y por lo tanto no puede verse amenazada por ninguna posición teológica sobre un tema tan legítima e intrínsecamente religioso. El papa Pío XII, en otras palabras, había reconocido y respetado adecuadamente los ámbitos separados de la ciencia y la teología. Así, me encontré que estaba completamente de acuerdo con la *Humani generis*... pero nunca había leído el documento completo (lo que no es un gran impedimento para emitir una opinión en estos tiempos).

Pronto obtuve los escritos relevantes de (de todos los lugares posibles) Internet. (Es sabido que el Papa está en línea, pero un luddita⁶ como yo no. De modo que le pedí a un adjunto experto en el ciberespacio que rastreara los documentos. Me encanta la fractura de estereotipos que supone

5. *Sobre el género humano.* (N. del t.)

6. Que está contra el progreso tecnológico; de un grupo de obreros ingleses que a principios del siglo XIX destruían las máquinas so pretexto (acertado, como se ve actualmente) que dejarían sin trabajo a las personas. (N. del t.)

encontrar la religión tan moderna y a un científico tan anticuado.) Ahora, después de haber leído completas la *Humani generis* del papa Pío XII, de 1950, y la proclamación del papa Juan Pablo II de octubre de 1996, comprendo finalmente por qué la declaración reciente parece tan nueva, reveladora y merecedora de todos estos titulares. Y el mensaje no podría ser más bienvenido para los evolucionistas y para los amigos a la vez de la ciencia y de la religión.

El texto de la *Humani generis* se centra en el *Magisterium* (o Autoridad de Enseñanza) de la Iglesia; palabra ésta que deriva no de ningún concepto de majestad o de veneración incuestionable, sino de la noción diferente de enseñanza, porque *magister* significa «maestro» en latín. Pienso que podemos adoptar esta palabra y concepto para expresar el punto central de este ensayo y la resolución de principios del supuesto «conflicto» o «guerra» entre ciencia y religión. No debería existir tal conflicto porque cada tema tiene un magisterio legítimo, o dominio de autoridad de enseñanza; y estos magisterios no se superponen (principio que me gustaría designar como MANS, o «magisterios que no se superponen»). La red de la ciencia cubre el reino físico: de qué está constituido el universo (hecho) y por qué funciona de esta manera (teoría). La red de la religión se extiende sobre cuestiones de significado y de valor moral. Estos dos magisterios no se solapan, ni abarcan todo el campo de pesquisas (considérese, para empezar, el magisterio del arte y el significado de la belleza). Para citar los tópicos usuales, obtenemos la edad de las rocas, y la religión retiene el estremecimiento de las edades;⁷ nosotros estudiamos cómo van los cielos, y ellos cómo ir al cielo.

Esta resolución podría permanecer completamente clara y nítida si los magisterios que no se superponen de la ciencia y la religión estuvieran bien distantes, separados por una tierra de nadie extensa. Pero, en realidad, los dos magisterios tropiezan uno con el otro, interdigitándose de maneras maravillosamente complejas a lo largo de su frontera común. Muchas de nuestras cuestiones más profundas apelan a aspectos

7. Juego de palabras intraducible: *rock* es, a la vez, roca y estremecer o sacudir. (N. del t.)

de ambos magisterios para diferentes partes de una respuesta completa, y escoger los dominios legítimos puede resultar muy complejo y difícil. Para citar sólo dos cuestiones amplias que implican a la vez hechos evolutivos y razonamientos morales: puesto que la evolución nos hizo los únicos seres terrestres con conciencia avanzada, ¿qué responsabilidades implica ello para nuestras relaciones con otras especies? ¿Qué implican nuestros lazos genealógicos con otros organismos acerca del significado de la vida humana?

La *Humani generis* de Pío XII (1950), un documento muy tradicionalista escrito por un hombre profundamente conservador, se enfrenta a todos los «ismos» y cinismos que aparecieron inmediatamente después de la segunda guerra mundial y conformaron la lucha para reconstruir la decencia humana a partir de las cenizas del Holocausto. La encíclica lleva por subtítulo «Referida a algunas falsas opiniones que amenazan con socavar los fundamentos de la doctrina católica», y empieza con una afirmación de almenaje:

Las desavenencias y el error entre los hombres sobre asuntos morales y religiosos han sido siempre causa de profundo dolor para todos los hombres de bien, pero por encima de todo para los hijos verdaderos y leales de la Iglesia, en especial hoy en día, cuando vemos que los principios de la cultura cristiana son atacados por todos lados.

Pío XII fustiga, a su vez, a los varios enemigos externos de la Iglesia: el panteísmo, el existencialismo, el materialismo dialéctico, el historicismo y, desde luego, y de forma preeminente, el comunismo. Después advierte con tristeza que algunas personas bienintencionadas dentro de la Iglesia han caído en un relativismo peligroso («un pacifismo e igualitarismo teológicos en los que todos los puntos de vista resultan igualmente válidos»), con el fin de incluir a aquellos que anhelan el abrazo de la religión cristiana, pero que no quieren aceptar el magisterio católico concreto.

Hablando como un conservador entre los conservadores, Pío XII se lamenta:

Las novedades de este tipo han producido ya su fruto mortífero en casi todas las ramas de la teología ... Algunos cuestionan si los ángeles son seres personales, y si la materia y el espíritu difieren de manera esencial ... Algunos incluso dicen que la doctrina de la Transustanciación, basada en una anticuada noción filosófica de sustancia, debería modificarse tanto que la Presencia Real de Cristo en la Sagrada Eucaristía se redujera a una especie de simbolismo.

Pío XII menciona por vez primera la evolución para censurar el mal uso, por extensión excesiva, entre los celosos partidarios de los anatematizados «ismos»:

Algunos sostienen de manera imprudente e indiscreta que la evolución ... explica el origen de todas las cosas ... Los comunistas suscriben alegremente esta opinión, de modo que, cuando las almas de los hombres han sido privadas de toda idea de un Dios personal, pueden con mayor eficacia defender y propagar su materialismo dialéctico.

Pío XII presenta su principal declaración sobre la evolución cerca del final de la encíclica, en los párrafos 35 a 37. Acepta el modelo general de magisterios que no se superponen (MANS) y empieza reconociendo que la evolución se encuentra en una zona difícil en la que los dominios presionan fuertemente uno contra otro.

Nos pertoca ahora hablar acerca de estas cuestiones que, aunque pertenecen a las ciencias positivas, están más o menos relacionadas con las verdades de la fe cristiana.⁸

8. Resulta interesante que el principal énfasis de estos párrafos no se refiere a la evolución en general, sino que reside en la refutación de una doctrina que Pío XII denomina «poligenismo», o la idea de que el hombre procede de progenitores múltiples, pues considera que esta idea es incompatible con la doctrina del pecado original, «que proviene de un pecado realmente cometido por un Adán individual y que, por generación, se transmite a todos y es en cada uno como si fuera

Pío XII escribe a continuación las bien conocidas palabras que permiten a los católicos ocuparse de la evolución del cuerpo humano (un hecho objetivo bajo el magisterio de la ciencia), mientras acepten la creación divina y la infusión del alma (una noción teológica bajo el magisterio de la religión).

La Autoridad de Enseñanza de la Iglesia no prohíbe que, de conformidad con el estado actual de las ciencias humanas y de la sagrada teología, investigación y discusiones, por parte de hombres experimentados en ambos campos, tengan lugar con respecto a la doctrina de la evolución, en tanto en cuanto éstas indaguen el origen del cuerpo humano en tanto que procedente de materia viva y preexistente; porque la fe católica nos obliga a sostener que las almas son creadas inmediatamente por Dios.

Hasta aquí, no había encontrado nada sorprendente en la *Humani generis*, ni nada que mitigara mi sorpresa sobre la novedad de la reciente declaración del papa Juan Pablo II. Pero seguí leyendo y me di cuenta de que Pío XII había dicho más cosas sobre evolución, algo que yo nunca había visto citado, y algo que hacía que la declaración de Juan Pablo II fuera de lo más interesante, ciertamente. En resumen, Pío XII proclamó de forma enérgica que aunque la evolución puede ser legítima en principio, la teoría, en realidad, no se había demostrado y bien pudiera estar completamente equivocada. Uno tiene además la clara impresión de que Pío XII estaba alentando a gritos un veredicto de falsedad.

propio». En este único caso, puede que Pío XII esté transgrediendo el principio MANS, pero no puedo juzgar porque no comprendo los detalles de la teología católica y por lo tanto no sé cómo puede leerse simbólicamente tal afirmación. Si Pío XII afirma que no podemos abrigar una teoría acerca de la derivación de todos los seres humanos modernos a partir de una población ancestral en lugar de a través de un individuo ancestral (un hecho potencial), porque tal idea cuestionaría la doctrina del pecado original (un artefacto teológico), entonces yo declarararía que no se comporta de manera aceptable porque deja que el magisterio de la religión dicte una conclusión dentro del magisterio de la ciencia. (N. del t.)

Continuando directamente desde la última cita, Pío XII nos advierte acerca del estudio adecuado de la evolución:

Sin embargo, esto debe hacerse de tal manera que las razones para ambas opiniones, es decir, las favorables y las desfavorables a la evolución, sean ponderadas y juzgadas con la necesaria seriedad, moderación y medida ... Sin embargo, algunos transgreden temerariamente esta libertad de discusión, cuando actúan como si el origen del cuerpo humano a partir de materia viva y preexistente ya fuera algo completamente seguro y probado por los hechos que han sido descubiertos hasta ahora y por el razonamiento sobre estos hechos, y como si no hubiera nada en las fuentes de la revelación divina que exigiera las mayores moderación y precaución en esta cuestión.

Resumiendo: Pío XII acepta generalmente el principio de MANS, de magisterios que no se superponen, al permitir a los católicos que abriguen la hipótesis de la evolución para el cuerpo humano, mientras acepten la infusión divina del alma. Pero después ofrece algún (sagrado) consejo paternal a los científicos acerca de la condición de la evolución en tanto que concepto científico: la idea no se ha probado todavía, y todos tenéis que ser especialmente cautelosos porque la evolución plantea muchos temas preocupantes en la frontera de mi magisterio. Se puede leer este segundo tema de dos maneras bastante distintas: o bien como una incursión gratuita en un magisterio distinto, o como una perspectiva servicial procedente de un entrometido inteligente y preocupado. Como hombre de buena voluntad, y en interés de la conciliación, me contento con adoptar esta última lectura.

En cualquier caso, esta segunda afirmación que rara vez se cita, es decir, que la evolución sigue sin estar demostrada y es un poco peligrosa (y no el primer argumento familiar para el principio de MANS, es decir, que los católicos pueden aceptar la evolución del cuerpo mientras acepten la creación del alma), define la novedad y el interés de la declaración reciente de Juan Pablo II.

Juan Pablo II empieza resumiendo la vieja encíclica de Pío XII,

de 1950, y en particular reafirmando el principio de MANS; hasta aquí, nada nuevo, y ninguna razón para la extensa publicidad:

En su encíclica *Humani generis* (1950), mi predecesor Pío XII ya había afirmado que no había oposición entre la evolución y la doctrina de la fe acerca del hombre y su vocación.

Para destacar el poder del MANS, Juan Pablo II plantea un problema potencial y una sabia resolución: ¿De qué manera podemos llegar a conciliar la afirmación de la ciencia acerca de la continuidad física en la evolución humana con la insistencia del catolicismo de que el alma tiene que entrar en un momento de infusión divina?

Con el hombre, pues, nos encontramos en presencia de una diferencia ontológica, un salto ontológico, se podría decir. Sin embargo, ¿acaso plantear dicha discontinuidad ontológica se opone a esta continuidad física que parece ser el principal hilo de investigación en la evolución en el campo de la física y de la química? La consideración del método utilizado en las diversas ramas del saber hace posible reconciliar dos puntos de vista que parecerían irreconciliables. Las ciencias de observación describen y miden las múltiples manifestaciones de la vida cada vez con mayor precisión y las correlacionan con la línea del tiempo. El momento de transición a lo espiritual no puede ser objeto de este tipo de observación.

La novedad y el valor mediático de la declaración de Juan Pablo II reside, sobre todo, en su profunda revisión de la segunda afirmación, raramente citada, de Pío XII según la cual la evolución, mientras que es concebible en principio y reconciliable con la religión, puede citar en su apoyo pocos indicios persuasivos, y bien pudiera ser falsa. Juan Pablo II afirma (y a eso yo sólo puedo decir amén, y gracias por mencionarlo) que el medio siglo que va desde Pío XII, que contemplaba las ruinas de la segunda guerra mundial, a su propio pontificado, que anuncia el amanecer de un nuevo milenio, ha sido testigo de tal crecimiento de datos, y de tal refinamiento de la teoría,

que las personas de buena voluntad y de intelecto sensible ya no pueden dudar de la evolución:

Pío XII añadió ... que esta opinión [la evolución] no debía adoptarse como si fuera una doctrina segura y probada ... Hoy en día, casi medio siglo después de la publicación de la encíclica, nuevos conocimientos han llevado al reconocimiento de la teoría de la evolución como más que una hipótesis.⁹ Es ciertamente notable que esta teoría haya sido aceptada progresivamente por los investigadores, como continuación de una serie de descubrimientos en varios campos del conocimiento. La convergencia, que no

9. Este párrafo, que aquí se traduce correctamente, proporciona un ejemplo fascinante de las sutilezas y ambigüedades inherentes de verter un lenguaje a otro. La traducción puede ser la más difícil de todas las artes, y se han tergiversado los significados (y se han declarado guerras) por razones perfectamente comprensibles. El Papa emitió originalmente su declaración en francés, idioma en el que esta frase rezaba: «...de nouvelles connaissances conduisent à reconnaître dans la théorie de l'évolution plus qu'une hypothèse». *L'Osservatore Romano*, el diario oficial del Vaticano, tradujo así este pasaje: «...nuevos conocimientos han llevado a reconocer más de una hipótesis en la teoría de la evolución». Esta versión (evidentemente, dada la fuente oficial vaticana) es la que apareció después en todos los comentarios en inglés, incluida la versión original de este ensayo.

Incluí esta traducción original, pero me sentía profundamente intrigado. ¿Por qué razón el Papa hablaba de *varias* hipótesis dentro del marco de la teoría evolutiva? Pero no tenía manera de resolver mi confusión, de modo que supuse que el Papa había caído probablemente bajo la falsa impresión (un error bastante común) de que, aunque la evolución había sido documentada más allá de toda duda razonable, la selección natural había caído bajo sospecha como mecanismo primario, mientras que otras alternativas habían ganado prominencia.

Otros teólogos y científicos se hallaban igualmente sorprendidos, lo que llevó a averiguaciones y a una solución del problema como un error de traducción (como muchos de nosotros hubiéramos advertido de inmediato si hubiéramos visto el original francés, o incluso si hubiéramos sabido que el documento se había redactado en francés). El problema reside en la ambigüedad del doble significado del artículo indefinido en francés, donde *un* (femenino, *une*) es a la vez artículo indefinido y numeral [como en castellano, pero no en inglés, donde esta función corresponde, respectivamente, a *a* y a *one*. (*N. del t.*)]. Era evi-

es buscada ni inventada, de los resultados de trabajos que se realizaron de manera independiente es en sí misma un argumento significativo a favor de la teoría.

En conclusión, Pío XII había admitido de mala gana la evolución como hipótesis legítima que consideraba sólo provisionalmente apoyada y potencialmente (era evidente que así lo esperaba) incierta. Juan Pablo II, casi cincuenta años después, reafirma la legitimidad de la evolución bajo el principio de MANS (nada nuevo hasta aquí), pero luego añade que los datos y la teoría adicionales han situado la factualidad de la evolución más allá de toda duda razonable. Los cristianos sinceros han de aceptar hoy la evolución no simplemente como una posibilidad plausible, sino también como un hecho efectivamente probado. En otras palabras, la opinión oficial católica sobre la evolución ha pasado de «digamos que no es así, pero podemos tratar de ello si hemos de hacerlo» (la opinión a contrapelo de Pío XII en 1950) a la recepción con total beneplácito de Juan Pablo II: «se ha demostrado que es cierta; siempre celebramos la factualidad de la naturaleza, y esperamos que se produzcan interesantes discusiones de las implica-

dente que el Papa había querido decir que la teoría de la evolución se había hecho en la actualidad lo suficientemente fuerte como para constituir «más que *una* [artículo indefinido] hipótesis» (*plus qu'une hypothèse*), pero el Vaticano leyó originalmente *une* como «una» [numeral] y dio la versión casi totalmente opuesta: «más de *una* hipótesis». *Caveat emptor* [Que vigile el comprador. (N. del t.)].

He de agradecer a una docena de corresponsales que me señalaran este error, y el reconocimiento del Vaticano. Estoy especialmente agradecido a Boyce Rensberger, uno de los periodistas más astutos de América sobre temas evolutivos, y a David M. Byers, director ejecutivo del Comité sobre Ciencia y Valores Humanos de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos. Byers afirmó el principio de MANS cuando me escribió: «Gracias por su artículo reciente ... Capta de manera admirable la relación entre ciencia y religión que el Comité de Obispos Católicos trabaja para promover y conseguir. El texto de la declaración papal de octubre de 1996 a partir del que usted trabajaba contiene un error de traducción en una frase clave; la traducción correcta apoya la tesis de usted con incluso mayor fuerza».

ciones teológicas». Hago felizmente mío este giro en los acontecimientos, como si fuera el evangelio (es decir, literalmente, buena nueva). Puede que yo represente al magisterio de la ciencia, pero doy la bienvenida al apoyo de un líder importante en el otro magisterio de nuestras complejas vidas. Y recuerdo la sabiduría del rey Salomón: «Agua fresca para el alma sedienta es la buena nueva que viene de lejanas tierras» (Proverbios, 25, 25).

Del mismo modo que la religión ha de soportar la cruz de sus miembros de línea dura, tengo algunos colegas científicos, entre los que hay algunos en posiciones suficientemente prominentes para que sus escritos tengan influencia, que ven con consternación este acercamiento de los magisterios separados. A colegas como yo, científicos agnósticos que damos la bienvenida y celebramos este acercamiento, en especial la última declaración del Papa, nos dicen: «Vamos, sé honesto; tú sabes que la religión es una tontería chocha, supersticiosa, anticuada. Sólo emites estos ruidos de bienvenida porque la religión es muy poderosa, y hemos de ser diplomáticos para comprar el apoyo público a la ciencia». No creo que ésta sea la opinión de muchos científicos, pero esta posición me llena de desaliento; y por ello termino este ensayo con una declaración personal sobre la religión, como testimonio de lo que considero que es un consenso virtual entre científicos reflexivos (que apoyan el principio de MANS tan firmemente como lo hace el Papa).

No soy, personalmente, un creyente o un hombre religioso en ningún sentido de compromiso o práctica institucional. Pero tengo un gran respeto por la religión, y el tema siempre me ha fascinado, más allá de casi todos los demás (con unas pocas excepciones, como la evolución y la paleontología). Gran parte de esta fascinación reside en la asombrosa paradoja histórica de que la religión organizada ha fomentado, a lo largo de la historia de Occidente, tanto los horrores más incalificables como los ejemplos más conmovedores de bondad humana frente al peligro personal. (El mal, creo, reside en la confluencia ocasional de la religión con el poder secular. La Iglesia Católica ha patrocinado su parte de horrores, desde las inquisiciones a las liquidaciones, pero sólo debido a que esta institu-

ción tuvo gran poder secular durante buena parte de la historia occidental. Cuando las que dominaron fueron mis gentes, más brevemente y en la época del Antiguo Testamento, cometimos atrocidades similares con las mismas razones fundamentales.)

Creo, con todo mi corazón, en un concordato respetuoso, incluso cariñoso, entre nuestros magisterios: el concepto de MANS. MANS representa una posición de principio sobre bases morales e intelectuales, no una solución meramente diplomática. MANS posee asimismo dos filos. Si la religión ya no puede dictar la naturaleza de las conclusiones objetivas que residen adecuadamente en el magisterio de la ciencia, entonces los científicos no pueden aducir un mayor discernimiento en la verdad moral a partir de ningún conocimiento superior de la constitución empírica del mundo. Esta humildad mutua lleva a importantes consecuencias prácticas en un mundo de pasiones tan diversas.

La religión es demasiado importante para muchísimas personas como para permitir el abandono o la denigración del consuelo que mucha gente busca todavía en la teología. Por ejemplo, puedo sospechar en privado que la insistencia papal en la infusión divina del alma representa un regalo para nuestros miedos, un ardid para mantener la creencia en la superioridad humana en un mundo evolutivo que no ofrece ninguna posición privilegiada a ningún organismo. Pero también sé que el tema de las almas se encuentra fuera del magisterio de la ciencia. Mi mundo no puede probar o rebatir tal idea, y el concepto de las almas no puede amenazar ni impactar mi dominio. Además, mientras que no puedo aceptar personalmente el punto de vista católico sobre las almas, es seguro que respeto el valor metafórico de tal concepto tanto para fundamentar la discusión moral como para expresar lo que más valoramos acerca de la potencialidad humana: nuestra decencia, nuestra solicitud y todas las luchas éticas e intelectuales que la evolución de la conciencia nos impuso.

Como posición moral (y, por lo tanto, no como deducción a partir de mi conocimiento de la factualidad de la naturaleza), prefiero la teoría del «baño frío» de que la naturaleza puede ser realmente «cruel» e «indiferente» (en los términos absolu-

tamente inadecuados de nuestro discurso ético), porque la naturaleza no existe para nosotros, no sabía que íbamos a venir (después de todo, somos intrusos del último momento geológico), y no le importamos un comino (hablando metafóricamente). Considero que esta posición es liberadora, no deprimente, porque entonces conseguimos la capacidad de conducir un discurso moral (y nada puede ser más importante) en nuestros propios términos, libres de la ilusión de que podemos leer pasivamente la verdad moral en la factualidad de la naturaleza.

Pero reconozco que tal posición asusta a muchas personas, y que una visión más espiritual de la naturaleza conserva mayor encanto: reconocer la factualidad de la evolución, pero buscar todavía algún significado intrínseco en términos humanos, y a partir del magisterio de la religión. Reconozco, por ejemplo, los esfuerzos de un hombre que escribió a *The New York Times* el 3 de noviembre de 1996, para declarar a la vez su pena y su respaldo a la declaración de Juan Pablo II:

La aceptación de la evolución por parte del papa Juan Pablo II tiñe de dudas mi corazón. Ya es hartó difícil soportar, aunque se sea un creacionista, el problema del dolor y del sufrimiento en un mundo creado por Dios, que es todo amor y luz. Pero al menos un creacionista puede decir que la Creación original, al venir de la mano de Dios, era buena, armoniosa, inocente y benigna. ¿Qué se puede decir acerca de la evolución, incluso de una teoría espiritual de la evolución? El dolor y el sufrimiento, la crueldad y el terror insensatos son sus métodos de creación. El motor de la evolución es el crujir de dientes depredadores sobre la carne y los huesos de las presas que gritan ... Si la evolución fuera cierta, mi fe tendría mares más turbulentos que surcar.

No estoy de acuerdo con este hombre, pero podríamos tener una discusión extraordinaria. Yo plantearía la teoría del «baño frío»; él (presumiblemente) aduciría el tema del significado espiritual innato en la naturaleza, por opaca que sea la señal. Pero ambos nos instruiríamos y nos llenaríamos de una mejor comprensión de estos temas profundos y, en último término, irrefutables. Aquí reside, así lo creo, la mayor fuerza

y necesidad del MANS, los magisterios de la ciencia y la religión que no se superponen. El principio de MANS permite (en realidad, impone) la perspectiva del discurso respetuoso, de entradas constantes procedentes de ambos magisterios hacia el objetivo común de la sabiduría. Si los seres humanos tienen derecho a reclamar algo especial, evolucionamos como los únicos animales que pueden reflexionar y hablar. A buen seguro el papa Juan Pablo II me diría que su magisterio siempre ha reconocido este carácter único, pues el evangelio de Juan empieza afirmando que *in principio erat Verbum*: Al principio era el Verbo.

15

LA LEY DE BOYLE Y LOS DETALLES DE DARWIN

Dos escenas de Florencia ilustran a la perfección el poder de las revoluciones científicas para alterar nuestra visión de la geometría de la existencia. En la gran catedral de Santa Maria del Fiore se encuentra una pintura del artista del siglo xv Michelino. Titulada *Dante e il suo poema* («Dante y su poema», es decir, *La Divina Comedia*), muestra todo el universo en un único lienzo. La Tierra ocupa el centro, simbolizada por la ciudad de Florencia, con Dante en medio y la magnífica cúpula de Brunelleschi para la catedral a su izquierda (que es a todas luces un anacronismo, porque Dante murió en 1321 y Brunelleschi levantó la gran cúpula un siglo después). A la derecha de Dante, las almas de los condenados se mueven hacia abajo, al infierno, mientras que las destinadas a la salvación última suben lentamente la espiral del purgatorio. Los siete semicírculos de la parte superior representan los siete planetas del sistema centrado en la Tierra de Ptolomeo (los cinco planetas visibles más el Sol y la Luna). El reino más alejado de las estrellas fijas ocupa los ángulos superiores.

Si damos un corto paseo hasta la iglesia franciscana de Santa Croce, encontramos la tumba de Galileo. Mira hacia arriba, hacia sus cielos expandidos y sostiene un telescopio en su mano derecha. Su mano izquierda envuelve la pequeña e insignificante esfera de la Tierra. En dos siglos (Galileo murió en 1642), la Tierra había sido desplazada desde una gran centralidad dominadora en un universo limitado y subordinado